

Bernardo Subercaseaux, "Políticas culturales en Chile: Una perspectiva histórica", *Estudios Públicos* 144 (2016).

COMENTARIO

CULTURA, LOCALIDAD, EXTRAÑEZA*

Pablo Oyarzún Robles

Universidad de Chile - Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

RESUMEN: Para el autor de este comentario, si bien Bernardo Subercaseaux realiza una acertada descripción de la escenificación de los distintos tiempos históricos de la República de Chile y del rol del Estado en el desarrollo de la cultura en algunos de estos, no aborda suficientemente el sustrato cultural previo a la fundación del Estado, que permanece latente bajo las distintos esfuerzos modernizadores.

PALABRAS CLAVE: cultura, identidad, Estado, nación, modernización.

CULTURE, LOCALITY, ALIENATION

ABSTRACT: *To the author of this commentary, Bernardo Subercaseaux described quite accurately the scenarios of the different periods of history of the Republic of Chile and of the government's role in cultural development, but he did not sufficiently address the cultural substratum prior to the foundation of the State, that has remained constant and continues to prevail despite the different efforts at modernization.*

KEYWORDS: *culture, identity, State, nation, modernization.*

PABLO OYARZÚN ROBLES. Profesor de filosofía y estética en la Universidad de Chile y director del Seminario Central de Investigación de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Autor de más de 400 publicaciones. Email: oyarzun.pablo@gmail.com.

* Versión revisada del comentario realizado a la conferencia de Bernardo Subercaseaux, expuesta el 25 de agosto de 2016 en el CEP y publicada en este mismo número de *Estudios Públicos*.

Tengo la impresión de que cuando hoy se dice “cultura” lo primero que se piensa es espectáculo. La gente asocia el término con manifestaciones artísticas de variada índole, doctas o populares. Tal vez queda algún resabio de la acepción que por primera vez germinó en la Ilustración, es decir, la cultura como suma histórica de saberes y conocimientos, pero ha de ser algo así como un fósil. La suma aquella, diseminada en infinidad de libros, con resta incluida, tiene su espacio de convergencia en las ferias, acaso.

En las *Disputaciones tusculanas*, Cicerón acuña la expresión “cultura animi” (II, v, §13), que tiene allí su única aparición en los textos de la tradición clásica; se la encuentra después —eco lejano— en Montaigne: “culture de l’âme”, “cultura del alma”, aquello de lo que no se cuidan las gentes a las que (apunta el autor) se mezcla de ordinario.¹ Cultura, pues, como cuidado y diligencia, educación del ánimo. Cicerón entendía de ese modo la filosofía: “cultura autem animi philosophia est” (ibídem). Es metáfora, imagen que se traslada desde las labores agrarias (“cultura agri”), ocupadas en la siembra, labranza, cultivo, germinación y fructificación de la tierra. La palabra tiene etimológicamente ese arraigo: *colo*, el verbo (de donde proviene “colonia”), significa desde temprano habitar y también cultivar, en el sentido de las labores mencionadas. Indica primariamente un lugar: el lugar en que una comunidad humana se mantiene. A su vez, el lugar lo habita un dios, que por lo mismo es su protector; la veneración que los miembros de esa comunidad le dedican se denomina *culto*. En toda la extensión de estas primerizas acuñaciones del término cabría decir que “cultura” ha estado esencialmente referida al habitar como relación de humano, lugar y dioses, con un sentido de cuidado, celo, asistencia y fomento.

Este sentido ha de haberse transmitido a la fórmula ciceroniana, resonando acaso en el uso que de ella hace Montaigne. Podemos dejar a un lado a los dioses, o incluso a Dios, pero algo de esa remisión —no necesariamente a lo divino, pero sí a aquello que de un modo u otro se le confiaba, se le atribuía— indeleblemente persiste: a saber, la condición misma de un sentido del habitar para los habitantes del lugar. Que haya sentido es requerimiento elemental de lo humano: se mide y erige

¹ Michel de Montaigne, *Les Essais* II, xvii. Édition établie par Jean Balsamo, Michel Magnien et Catherine Magnien-Simonin (Paris: Gallimard / Pléiade, 2007), 698.

éste en ese haber y tiene lo humano mundo precisamente en la medida en que hay sentido. Pero el sentido no es meramente lo consabido y lo familiar, no sólo es aquello de lo que podemos apropiarnos y así darnos confiada identidad. No hay sentido sin extrañeza, sin aquello que se resiste a ingresar en el orden simbólico; no lo hay sin una extrañeza radical. Ésa es, probablemente, la experiencia que estaba en la base de aquellos usos de la palabra “cultura”: lo divino, o también —a fin de cuentas, es lo mismo, o es el género que lo contiene— lo demoniaco, es lo extraño por excelencia. Sus rostros y figuras, por cierto, son muchos.

Y esto, en fin, es lo que trato de sugerir, como pie de lo que quiero decir. Cultura es habitar y configurar mundo en y desde un lugar, en relación indefectible, originaria, con la extrañeza y con lo (el, la) extraño, y así también a partir de aquello del lugar que, por “mío” o “nuestro” que pueda llegar a considerárselo, es siempre en última instancia radicalmente inapropiable. En esta relación se decide cada vez algo esencial a propósito de lo extraño, que el latín tiene expresado en dos palabras de estrecha vecindad: *hospes* y *hostis*. La primera designa al anfitrión, a quien recibe y hospeda al extraño; la segunda, al extraño mismo, en la medida en que se lo percibe, adverso, hostil, como amenaza, y así se lo confronta y repele. La cultura es un saber de lo extraño, saber de acogida y hospedaje, que no desconoce el riesgo que hay en la apertura, pero sabe de un riesgo mucho mayor: el cierre del mundo, la ruina de las relaciones, la exposición sin reserva, en fin, a lo extraño en uno mismo que se quiere negar y que por esa negación puede hacer de uno mismo el peor de los demonios.

En cuanto a “Chile”, “Chile” como lugar, Bernardo Subercaseaux propone un marco de referencia de corte republicano —desde la Independencia hasta el presente— en cuatro grandes fases, cada una de ellas caracterizada por una determinada forma y función del Estado. El mismo apellido de la primera fase, “fundacional”, conviene al Estado que construye la república hasta la revolución de fines del siglo XIX. La sucede la fase de la integración, en la que el Estado opera como un agente directo en la incorporación de capas sociales medias y bajas a la vida civil. La tercera fase, que va aproximadamente desde el gobierno del Frente Popular al de la Unidad Popular, Subercaseaux la entiende como una en la que el Estado asume una función esencialmente benefactora. Por último, la fase de globalización, vigente, es también la fase

del Estado subsidiario. La periodización y sus elementos conceptuales y descriptivos son convincentes; bien se sabe que tienen sustento en una extensa y rica investigación de Subercaseaux que, entre otras publicaciones, está recogida en su trilogía *Historia de las ideas y la cultura*.²

La opción de Subercaseaux por un arco histórico que va desde los albores borrascosos de la independencia nacional y los primeros basamentos republicanos hasta nuestro presente me despierta inevitablemente una pregunta: ceñirnos a ese arco, ¿no deja acaso en la sombra una procedencia que sigue ejerciendo su diversa eficacia, de modos ciertamente muy variados, en los procesos histórico-sociales e histórico-culturales del país? En su exposición, Subercaseaux no sólo admite, sino que además afirma como “un aspecto central de [su] propuesta” el reconocimiento de una complejidad del tiempo histórico colectivo que no puede reducirse a linealidades de cualquier especie ni a cursos o ciclos unívocos: cabe identificar, sí, formas y direcciones hegemónicas, pero éstas, tal como el concepto ya lo sugiere, no obliteran ni suprimen las tendencias contra hegemónicas, dotadas de su propia fuerza y vigencia, y ambas, hegemónicas y contra hegemónicas, específicas de cada periodo, se mantienen en estado permanente, latente o explícito, de negociación, particularmente en la esfera cultural. Sólo que no creo que se deban acotar estas tensiones que configuran los procesos históricos a lo que de manera genérica e imprecisa llamamos el “Chile republicano”. Dos rasgos de construcción de éste me parecen especialmente importantes. Revela uno la fisonomía de un exorcismo; el otro pertenece al orden de la invención. Me explico.

A propósito del “tiempo de fundación”, Subercaseaux señala el empeño de la élite por erigir “una nación de ciudadanos” fundada en “un ideario ilustrado, en sus vertientes republicana y liberal”. Ese empeño está notoriamente marcado por un rechazo a menudo vehemente del pasado preindependentista, pretérito de oscuridad y sojuzgamiento. La vehemencia del rechazo —piénsese, por ejemplo, en Vicuña Mackenna— delata una íntima incomodidad, cierto saber que se quiere sofocar bajo una retórica poderosa, un saber acerca de la persistencia de ese pasado, de su vigencia sorda que a la vez se rehúsa y (sin confesárselo, sinuosamente) se desea. Ésa es, precisamente, la fisonomía de este exorcismo,

² Bernardo Subercaseaux, *Historia de las ideas y la cultura. Desde la Independencia hasta el Bicentenario*. Tres volúmenes (Santiago: Universitaria, 2011).

que no puede sino reconocer negando la índole recesiva de ese pretérito del que no puede apropiarse sin desbaratar la identidad que proyecta para sí. Es, para emplear en este otro contexto —ni tan distante—, la magnífica expresión con que Diego Portales caracterizaba la condición bajo la cual se mantiene el orden social en Chile: “El peso de la noche”.³

Y luego la invención. En esta misma casa, creo que más de treinta años atrás, hubo un debate entre Arturo Fontaine Talavera y Mario Góngora a propósito de un libro brillante y polémico de este último, originado, como dice su autor en el prefacio, “en los sentimientos de angustia y de preocupación de un chileno que ha vivido la década de 1970 a 1980, la más crítica y grave de nuestra historia”.⁴ En ese libro —y éste, entiendo, era un motivo principal del debate, que sólo conocí de oídas— Góngora sostenía que “la nacionalidad chilena ha sido formada por un Estado que ha antecedido a ella, a semejanza, en esto, de la Argentina; y a diferencia de México y del Perú, donde grandes culturas autóctonas prefiguraron los Virreinos y las Repúblicas (...), Chile ha sido (...) primero un Estado que sucede, por unos acontecimientos azarosos, a la unidad administrativa española, la Gobernación, y ha provocado, a lo largo del siglo XIX, el salto cualitativo del regionalismo a la conciencia nacional”.⁵ He ahí la tesis: en Chile, el Estado ha creado la nación. Desde mi punto de vista, una tesis que cabe suscribir; sólo agregaría —así recuerdo haberlo pensado, y sigo pensando así, cuando supe del debate y leí el libro de Góngora— que el Estado instaló la Universidad de Chile para cimentarse y equiparse a sí mismo en la tarea de crear la nación chilena.

Hay, pues, una complejidad histórica con la que es indispensable contar: una complejidad que sumariamente puede ser representada en esta otra, congénita tensión: entre lo recesivo (autoctonía, conquista, colonia), que de un modo u otro se busca exorcizar, y la invención de una república, una nación, una identidad, esta última, inevitablemente hendida. Un signo primario de esa tensión es la violencia, bajo tan diversas formas que ésta puede asumir, solapadas, aviesas o explícitas.

³ En carta a Joaquín Tocornal del 16 de julio de 1832.

⁴ Mario Góngora, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX* (Santiago: Ediciones La Ciudad, 1981), 5. Se puede obtener en Memoria Chilena, de la Dibam.

⁵ *Ibidem*, 11 y ss.

Subercaseaux hace alusión, atinadamente a mi juicio, a un “déficit de espesor cultural” que aquejaría a la construcción de “Chile” y que es “de base étnica y demográfica”, precisamente porque esa construcción ha sido mayormente impermeable a la multiculturalidad, la diversidad de formas de vida y de habla, a los modos en que las comunidades habitan los lugares: una construcción, entonces, que ha querido afirmar —infinitamente más a la fuerza que por la razón— su homogeneidad, con los consecuentes efectos de exclusión. Precisamente estos efectos y aquel déficit han de ser atribuidos a los dos rasgos —de exorcismo y de invención— a que hacía referencia. Pero por eso mismo creo que una “escenificación del tiempo histórico nacional”, como la llama Subercaseaux, no puede restringirse a la configuración republicana del país, ni tampoco a la vindicación del Reyno de Chile y la herencia hispana que alegó Jaime Eyzaguirre o a la celebración del mestizaje godo y araucano de Nicolás Palacios que después propaga Francisco Antonio Encina o, en fin, a ciertos indigenismos —no todos— que invierten el exorcismo para excluir todo lo supuestamente ajeno a aquello que sería oriundo, vernáculo, aborigen. Cualquiera de estas modalidades ahonda el déficit aquél y desatiende esa vocación primordial de la cultura que es abrirse a lo extraño, que es también lo extraño en uno mismo.

Decía que Subercaseaux relaciona cada uno de los cuatro periodos históricos que le interesa discernir a una distinta forma y función del Estado. Tiene mucha razón en esto, porque el Estado ha sido, en Chile, agente fundamental de construcción cultural de la sociedad. Podría evocar otra vez la tesis de Góngora y mi *addendum* sobre la Universidad de Chile para dar señas al respecto, pero creo que lo dicho por él en su exposición ya las da de sobra.

Pero el último de los periodos —que va de fines de los setenta al presente— exhibe una fisonomía distinta, que Subercaseaux, siguiendo a Norbert Lechner, llama “mercadocéntrica”.⁶ El mercado ha desplazado al Estado como agente de socialización, se dice, lo decíamos ya hace tanto tiempo, desde comienzos mismos de los ochenta. Y hay una diferencia entre el Estado y el mercado en un punto sensible. Sabe el Estado de la extrañeza, casi nunca bien, a la defensiva, represivamente casi

⁶ La referencia es a “Tres formas de la coordinación social”, que ahora puede consultarse en Norbert Lechner, *Obras escogidas 2*, editado por Paulina Gutiérrez y Tomás Moulian (Santiago: Lom, 2007), 365-386.

siempre. El mercado, en cambio, aquieta el temor a la extrañeza por saturación del presente en la actualidad del consumo, a la vez que por el mismo consumo, siempre inquieto, en zozobra que no se confiesa, que no puede confesarse, atiza el miedo. Sus demonios son los más mediocres y no merecen más sacrificio que el que se les rinde con el vitrineo y, de vez en cuando, con la clave de una tarjeta de crédito. Es cultura también, mezquina y desdichada, de espectáculo.

Es importante revisar y repensar la historia como hace Bernardo Subercaseaux; saber algo más del lugar que a duras penas, miserablemente, habitamos; enterarnos de nosotras y nosotros; ver si podemos llegar a desconocernos para saber qué, quiénes y dónde somos. *EP*

